

CAPÍTULO TERCERO

TIPOLOGÍA DEL CONFLICTO AL INICIO DEL TERCER MILENIO

TIPOLOGÍA DEL CONFLICTO AL INICIO DEL TERCER MILENIO

Por JOAQUÍN CECILIO CARRASCO MARTÍN*

Introducción

Si el siglo XX se caracterizó por la existencia de numerosas guerras, algunas de ellas las más cruentas de la Historia, el siglo XXI no parece presentar un cariz diferente (1). Ante la proximidad del Tercer Milenio, muchos politólogos quisieron reflexionar con espíritu prospectivo sobre el futuro de la guerra, e intentar adivinar cual sería la tipología de los conflictos futuros. Los autores Alvin y Heidi Toffler, en su obra: *Las guerras del futuro*, preconizaron que los conflictos de los años venideros tendrían modalidades tales como el deterioro ambiental, la emigración, el narcotráfico, la violación de los derechos humanos y de la propiedad intelectual, la venta de armas y el terrorismo. Posteriormente, un profesor de la Universidad de Harvard, Samuel P. Huntington escribía: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, donde afirmaba que las contiendas del futuro se iban a producir por conflictos entre las civilizaciones en que actualmente se divide el planeta, y que según él serían: la occidental, latinoamericana, africana, islámica, china, hindú, ortodoxa, budista y japonesa.

* *Teniente coronel del Ejército del Aire, diplomado de Estado Mayor. Antiguo Profesor de Estrategia del Curso de Estado Mayor de la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas. Actual Jefe del Escuadrón de Zapadores Paracaidistas del Ejército del Aire.*

(1) Según el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres (IISS), en agosto de 2003 se contabilizaban 20 conflictos armados activos en el mundo (17 internos y 3 internacionales); 24 Estados se enfrentan a actividades terroristas; y 38.000 personas murieron como resultado de los conflictos habidos en el año 2002.

Michael Klare, en su libro: *Un nuevo mapa de conflictos*, añade a las consideraciones anteriores una nueva conjetura, y explica que los conflictos del futuro tendrían como origen la posesión y control de recursos económicos vitales para la industria y el bienestar social, tales como el agua, el petróleo, la madera y los minerales. En consecuencia, los hipotéticos teatros de hostilidades serían las zonas en las que se hallan dichos recursos: norte de Suramérica (petróleo, agua y madera), África Central (petróleo y madera), golfo Pérsico (petróleo), sur y sureste de Asia, Indonesia y las islas del Pacífico.

El analista francés Pascal Boniface, coincide con Klare, y en una reciente publicación titulada: *Les guerres de demain* sostenía que el motivo principal de los enfrentamientos del futuro serían: las guerras por agua, las guerras por el medio ambiente y las guerras a causa del hambre.

No cabe duda de que, aunque subsistan algunas de las clásicas causas profundas de los conflictos, la naturaleza de éstos ha cambiado profundamente a partir del fin de la guerra fría, pues la posibilidad de una confrontación mundial entre dos bloques antagónicos, con alianzas militares equiparables, parece que ha dejado de tener sentido.

En efecto, el final de la guerra fría supuso un incremento de los conflictos violentos a escala mundial. Las causas de este fenómeno son muy diversas, sin embargo, a diferencia de lo que sucedía en los enfrentamientos bélicos durante la guerra fría, que estaban dominados por criterios ideológicos, ahora parecen más verosímiles los conflictos por recursos naturales (agua, petróleo, minerales estratégicos, etc.); conflictos separatistas y nacionalistas, con grupos étnicos que pretenden tener su propio Estado; conflictos irredentistas por grupos que tratan de extender sus fronteras para abarcar territorios donde habitan comunidades afines; luchas étnicas, religiosas o fundamentalistas que tratan de ganar influencia y poder dentro del mismo Estado; guerras revolucionarias que tratan de imponer su ideología política en el suyo o en otros países de la misma región; luchas a favor de la democracia, el anti-colonialismo, y las reivindicaciones indígenas; y un largo etcétera.

En este estudio, pretendemos realizar un análisis de las causas profundas de los conflictos en el siglo que acaba de empezar. Éste es precisamente el enfoque que utiliza la Polemología, ciencia que se ocupa del «estudio objetivo y científico de las guerras como fenómeno social susceptible de observación» (2). Sin embargo, no nos centraremos exclusivamente en el término «guerra» (3), sino que tomaremos como objeto de estudio el tér-

(2) BOUTHOU, Gaston: *Tratado de Polemología*. París, 1971.

(3) Según Gaston Bouthoul: «La guerra es la lucha armada y sangrienta entre agrupaciones organizadas.»

mino conflicto (4), que es un concepto mucho más amplio y que enmarca al anterior.

En el marco de esta ciencia, se trata de disponer de un medio para entender y controlar los conflictos, mediante el análisis de la evolución de los factores más significativos que inciden en la génesis de aquéllos, para permitir posteriormente la articulación de medidas de actuación, de carácter estratégico y operativo. Se ve así el enlace entre la Polemología y el concepto de prevención de conflictos (5), pues la correcta comprensión de los mecanismos que mueven a las sociedades y sus implicaciones con el fenómeno guerra, arrojan gran cantidad de elementos que influyen en el nivel estratégico, a la hora de diseñar líneas de acción preventivas. Una estrategia de prevención de conflictos debe ser compleja y multidimensional, porque trata las raíces de los conflictos. Por ejemplo, la pobreza no es una causa directa de guerras civiles y movimientos de refugiados. Tampoco lo es la existencia de minorías dentro de un Estado. Sin embargo, la pobreza añadida a otros factores como la rivalidad por los recursos, la falta de distribución de los mismos y la discriminación de grupos minoritarios puede fomentar una situación de conflicto y de desplazamiento masivo de grupos étnicos o religiosos.

Siguiendo al estratega inglés Liddell Hart, la Polemología nos ayudará a sustituir la vieja sentencia romana «si quieres la paz prepara la guerra» por el nuevo adagio «si quieres la paz comprende la guerra». Sin conocer las causas de los conflictos bélicos o las funciones que como fenómeno sociológico cumple la guerra, es muy difícil iniciar un cambio hacia el descubrimiento de sustitutivos a su actividad en las relaciones entre sociedades, y a este objeto pretende contribuir este trabajo.

La gran amplitud de este tema, hace que sea difícil cubrir todas las causas polemológicas, así como estudiar todos los conflictos que existen en la actualidad, aunque trataremos de dar algunos ejemplos ilustrativos que correspondan a la casuística que se estudia.

(4) El autor francés Julien Freund, nos brinda la siguiente definición: «El conflicto consiste en un enfrentamiento por choque intencionado, entre dos seres o grupos de la misma especie que manifiestan, los unos respecto a los otros, una intención hostil, en general a propósito de un derecho, y que para mantener, afirmar o restablecer el derecho, tratan de romper la resistencia del otro eventualmente por el recurso de la violencia, la que puede, llegado el caso, tender al aniquilamiento físico del otro.»

(5) La prevención de conflictos puede ser dividida en cuatro áreas: diplomacia preventiva (proceso a largo plazo), alerta temprana (proceso a corto plazo), gestión de crisis (proceso a corto plazo) y rehabilitación posconflicto (proceso a largo plazo).

Aproximación a una clasificación de las causas de los conflictos

El Instituto Español de Estudios Estratégicos, realizó en los años ochenta un ensayo en el cual se aproximó a clasificar las causas profundas de los conflictos por «niveles de gestación». Según dicho autor, se pueden distinguir tres niveles de gestación que albergan las causas de los conflictos: el nivel «profundo o de las estructuras», el nivel «medio» o de la coyuntura, y el nivel «superficial» o del litigio.

Generalmente, la verdadera gestación de los conflictos se sitúa, originalmente, en el nivel profundo o estructural donde actúan factores que corresponden a las causas más profundas y permanentes. Es ahí donde se originan y se pueden ya percibir las señales de tensión. Estos factores son los que tienen un carácter más devastador, en el sentido moral y material y producen conflictos muy virulentos. Suelen coincidir con los que históricamente aparecen con más insistencia. Ejemplos que corresponden a este nivel son los conflictos nacionalistas, étnicos y de motivación religiosa; las rivalidades históricas entre sociedades; las rivalidades religiosas y étnicas; las luchas por el territorio y los recursos; etc.

En un segundo nivel o nivel medio, aparecen aquellos factores dependientes del momento histórico concreto, y que generan rivalidades coyunturales. A título de ejemplo, citaremos las circunstancias de orden político (debilidad o crisis de las instituciones, graves tensiones ideológicas); las crisis económicas de diverso orden, con todas sus consecuencias sociales para la conflictividad; las crisis sociales, con o sin carácter revolucionario, vinculadas o no a las condiciones económicas o políticas, etc.

Por último, el nivel superficial contiene los elementos que promueven directamente los conflictos. El desencadenamiento de éstos suele ser por lo general suscitado por la amenaza de un interés primordial, cuando no por ambiciones de los líderes o las clases dirigentes. No se descarta, sin embargo, que puedan estallar de manera inopinada por sucesos menores o accidentales que destapen antagonismos o conflictos ya latentes. En definitiva, se trata de los factores inmediatos a la eclosión de un conflicto que sirven para explicar directamente su estallido.

Algunas de las principales señales de advertencia (o barómetros polemológicos, como los definió Bouthoul) podrían ser, por ejemplo, la falta de democracia, las violaciones de derechos humanos, la falta de justicia social, la represión de minorías étnicas, nacionales o religiosas, la pobreza y la degradación del medio ambiente. Desde Bosnia hasta Ruanda,

pasando por Somalia y Argelia, hemos sido testigos de una violencia terrible. Si analizamos todas estas guerras, aunque el detonante del conflicto pueda parecer más o menos reciente, sus raíces son en realidad más profundas y complejas, y su gestación lenta pero inexorable.

Según Gaston Bouthoul, cada guerra es a la vez: política, puesto que los gobernantes desempeñan en ella una función, religiosa, porque hace intervenir, de un modo o de otro, creencias, dogmas y principios; demográfica, porque utiliza masas humanas, y modifica las estadísticas de mortalidad, económica, pues no hay guerras sin destrucción y sin desplazamiento de riquezas, incluso cuando no exista rivalidad económica previa. Sería inútil pues, buscar un conflicto de alguna importancia en el que no aparecieran todas estas características a la vez. Por ello el mencionado autor calificaba a los conflictos de «politéticos», atendiendo a la concurrencia de múltiples causas originantes.

Aún teniendo en cuenta esta multiplicidad casuística, y en un intento de simplificar una clasificación de los conflictos, en este trabajo se va a considerar una lista resumida de algunas de las principales causas de los conflictos que aquejan a la humanidad al inicio del siglo XXI: causas de tipo tradicional como territoriales, religiosas, étnicas, etc.; y causas modernas como las carencias democráticas, los desequilibrios económicos y la pobreza, la lucha por los recursos energéticos, etc.

Casuística del conflicto al inicio del siglo XXI

La lucha por el territorio

La conquista y soberanía de territorios ha sido el principal motivo de gran parte de las guerras del pasado, en unión estrecha con el deseo de obtención de recursos y riqueza. En la prehistoria, se trataba de defender los territorios de caza, las rutas de nomadeo o los campos de recolección; y posteriormente, esta motivación evolucionó hacia el afianzamiento del poder de un señor feudal, y la protección o expansión de un imperio colonial.

En la actualidad este tipo de conflicto es menos frecuente, debido en parte al desarrollo del Derecho Internacional y la creación de instancias jurídicas que regulan los conflictos territoriales, como el sistema de Naciones Unidas, el Tribunal Internacional de Justicia y otros medios de arbitraje. Aún así, el factor geográfico sigue siendo un elemento importante para poder entender cómo se generan los conflictos. Es, pues,

necesario comprender el espacio donde surgen los enfrentamientos, armados o no, para así poderlos analizar en toda su integridad.

A lo largo del siglo XIX, durante la gran expansión imperialista, la ocupación de territorios ajenos estuvo motivada por diferentes razones: ampliación de mercados, búsqueda de mano de obra barata, apropiación de recursos naturales, creación de zonas de seguridad, acceso a vías fluviales navegables o a puertos marítimos. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, diversos Estados usaron la fuerza como medio para garantizar sus intereses territoriales y estratégicos: Francia y el Reino Unido, en el canal de Suez, contra Egipto; la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), en Checoslovaquia y Afganistán; Estados Unidos, en Granada y Panamá; Indonesia, en Timor Oriental; Irak, en Kuwait, son algunos ejemplos.

En la segunda mitad del siglo XX se inició el proceso de descolonización, que dio la independencia a los territorios sometidos a los intereses colonialistas. Este proceso fue una nueva fuente de conflictos, al establecerse fronteras artificiales y dividir entre dos o más Estados sociedades homogéneas que habían permanecido unidas durante siglos. Años después, estos pueblos, cuyos ecosistemas también han sido fragmentados y disueltos, intentan reagruparse, y entran en colisión con las fronteras dentro de las que se independizaron. El continente africano presenta diversos ejemplos de esta naturaleza.

En otras ocasiones, algunos pueblos o Estados que han perdido una parte de su territorio en una guerra anterior o que creen tener derechos históricos sobre un espacio geográfico que consideran suyo, intentan recuperarlo de nuevo mediante el recurso de las armas: Argentina, en las Malvinas; Irak en Kuwait; Ecuador y Perú se enfrentaron entre sí y lo mismo ocurre entre las repúblicas de la antigua Yugoslavia. Los litigios fronterizos de carácter irredentista son aún frecuentes, aunque sólo unos pocos derivan en enfrentamientos violentos.

En los tiempos actuales, las nuevas formas de colonialismo, basadas en la penetración financiera y de capitales, y en la expansión de compañías multinacionales, hacen menos necesaria la ocupación y conservación de territorios. Aunque, en una tierra poblada por 6.000 millones de habitantes, y que alcanzará los 9.000 millones en 50 años, desigualmente repartidos y nutridos, los conflictos por el territorio seguirán siendo por un largo periodo, un motivo de preocupación.

El futuro parece que no va a deparar grandes diferencias cualitativas respecto a la necesidad de poseer territorio. Esta necesidad ha sido fuerte-

mente trasladada a los mares como despensa de ingentes cantidades de recursos alimenticios. El problema inicial de la soberanía del suelo ha evolucionado hacia un estadio superior que engloba al suelo, los mares, las riquezas que engloban y las relaciones comerciales entre las unidades territoriales.

Modernamente, la causa conflictiva primigenia de la lucha por el territorio ha derivado hacia la lucha por el acceso a los recursos naturales y económicos, ya que el nuevo imperialismo financiero y multinacional, nacido de la globalización, no necesita el factor territorial como antes.

Crecimiento demográfico y migraciones

Vivimos en un mundo con más de 6.000 millones de habitantes, donde las disparidades entre continentes, regiones y Estados son tremendas. Las mayores densidades de población se encuentran localizadas en Asia Oriental y Meridional, en Europa, en el noroeste de Estados Unidos, al sureste de Brasil, en la costa oeste de África y en Oriente Medio. Sólo en el continente asiático, la zona más inquietante, vive el 60% de la población mundial. China, India, Indonesia, Pakistán y Bangladesh, figuran entre los países más poblados. El peso demográfico del mundo musulmán también es digno de mención. Sin embargo, si bien la hipótesis de una guerra en la que se enfrenten dos Estados tales como la India y Pakistán, con Cachemira como telón de fondo, no puede excluirse, los conflictos intra estatales parecen ser los más frecuentes de entre las formas de guerra contemporáneas.

Frente al desarrollo de los conflictos internos en los Estados, la demografía continúa ejerciendo una influencia en la propensión a la violencia, llegando incluso a ser utilizada como arma por los Estados, a través de los movimientos migratorios, para modificar la relación de fuerzas entre grupos étnicos sobre un determinado territorio. Durante el transcurso de los últimos 30 años, la combinación del crecimiento demográfico y del éxodo rural ha traído como consecuencia la multiplicación de megápolis en numerosos países del Sur, donde se desarrolla con frecuencia una violencia urbana difícil de controlar. Paro, miseria, criminalidad, y frustración, se convierten, en definitiva, en los gérmenes de la guerra civil. Sin embargo, conviene matizar que la demografía en sí no es causa de conflicto si no va unida a otros factores como la escasez de recursos o a la pobreza.

Al ritmo de crecimiento actual, se estima que en el año 2050 la humanidad alcanzará los 9.000 millones. Los países africanos al sur del Sáhara

verán duplicarse su población entre los años 2000 y 2050, pasando de 600 millones a 1.200 millones de habitantes, a pesar del flagelo del sida. África y Asia, continentes más pobres y subdesarrollados del mundo, constituirán respectivamente el 20% y el 60% de la población mundial, mientras que Europa, caerá en el año 2050 al 7% de la población mundial. Estos desequilibrios agravarán los problemas sociales y provocarán corrientes migratorias de la población desde los países del Sur a los del Norte. Estos movimientos, estarán acompañados de profundos cambios políticos, económicos y sociales, incluso en los países ricos. La carga demográfica se desplazará especialmente hacia el Sur: los 3.000 millones de seres humanos que nacerán hasta mediados de este siglo engrosarán en gran medida la población de los países pobres y muy poblados. Esto se verá, sobre todo, en las ciudades y núcleos urbanos (6), pues la población del siglo XXI será, por primera vez en la Historia, mayoritariamente urbana, lo que planteará retos sociales y ecológicos importantes.

Según el Fondo de Población de la Organización de Naciones Unidas (ONU), la cantidad de personas que viven fuera de sus países natales ha pasado de 75 millones en el año 1965 a 120 millones en 1990 y a 150 millones en 2000 (2% de la población mundial). El 90% de esos 150 millones habría emigrado por razones económicas, y el 10% restante por motivos políticos, generalmente a causa de un conflicto armado.

Las corrientes migratorias están proliferando hasta el punto que casi todos los países están afectados por este fenómeno, ya que la globalización permite cada vez más desplazamientos a mayores distancias. Dos regiones en particular ejercen una inmensa atracción a nivel mundial: América del Norte y Europa Occidental, motivado evidentemente por las diferencias en el nivel de vida que perciben las personas dispuestas a abandonar su tierra. En Estados Unidos residen más de 25 millones de inmigrantes, y cada año aumentan un millón más. Otros países con un gran número de inmigrantes son Alemania (cinco millones), Francia, Arabia Saudí y el Reino Unido.

Las migraciones internacionales tienen importantes efectos económicos, porque una parte considerable de los ahorros de los inmigrantes se transfiere al país de origen, donde a menudo representa la principal fuente de ingresos externos.

(6) Mientras que en el año 1950 sólo el 30% de la población mundial vivía en zonas urbanas, en 2007 el índice llegará al 50%. En 2000, la tasa de urbanización de los países industrializados era del 75%, frente al 55% de 1950, mientras que en los países en vías de desarrollo sólo llegaba al 40% (en 1950 sólo al 18%).

Las principales causas de la migraciones, tanto internas como transnacionales, son la pobreza y las guerras. La mayor parte de los flujos migratorios se producen en el Tercer Mundo, pero también hay migraciones que se dirigen a los países desarrollados, donde los inmigrantes buscan unas condiciones de vida que no pueden disfrutar en sus países de origen. Estos últimos flujos se ven estimulados por los avances derivados de la globalización, especialmente de los medios de comunicación y transporte.

Aunque en términos absolutos no se puede identificar inmigración con inseguridad o conflicto, sí es cierto que existen ocasiones en que este fenómeno incide en la génesis de conflictos de diversa tipología. Nos referimos a los casos en que las comunidades transnacionales (7) sirven de base y refugio a grupos terroristas o delincuentes organizados que representan una amenaza directa para el país receptor y para los países circundantes. También, pueden producirse conflictos xenófobos en el caso de no aceptación de la comunidad transnacional por parte de la comunidad receptora, por sentirse esta última amenazada en sus intereses, bienestar social o incluso en su identidad cultural. Y, en sentido inverso, es real que en ocasiones la población inmigrante no trata de adaptarse a los valores considerados fundamentales en la sociedad de acogida (democracia, igualdad de derechos a los dos, derechos del menor, etc.), lo que puede ser causa de conflicto que no tendrá causas xenófobas sino de automarginación.

Las causas económicas de los conflictos

La historia de la humanidad está llena de ejemplos de guerras cuyos principales motivos son económicos: posesión de recursos (tierras, ganados y aguas), apropiación de bienes y personas (esclavos y mujeres) y satisfacción de otras necesidades de subsistencia de las sociedades. Las guerras comerciales y coloniales, que a finales del siglo XIX llegaron a abarcar todo el planeta, son la más genuina expresión del máximo nivel de violencia al que han llegado los enfrentamientos producidos por motivos fundamentalmente económicos.

Pero, conviene poner de relieve que no todas las guerras son desencadenadas por motivos económicos. Se aproxima más a la realidad el hecho

(7) Se entiende por comunidad transnacional aquellas comunidades étnicas que aún encontrándose dispersas por distintos países del mundo, conservan su identidad cultural.

de que en casi todas las guerras existen razones económicas como causas secundarias que refuerzan los motivos primarios que las desencadenan.

A menudo se produce, paradójicamente, que las guerras suelen ser provocadas por los países o coaliciones económicamente poderosos (Alemania era el país más rico de Europa en 1939), pero los conflictos armados de mayor virulencia suelen aquejar a los países pobres, a causa de las debilidades estructurales que acompañan a la pobreza. Guerra y miseria resultan ser así la fórmula infalible para el fracaso absoluto de una sociedad.

Dentro de este apartado vamos a analizar varios casos en los que la componente económica se hace patente como causa de los conflictos.

DESIGUALDADES ECONÓMICAS Y POBREZA

La pobreza es uno de los principales factores de inestabilidad en el mundo. La crisis económica, la desigualdad, y la pobreza suelen ser la raíz de muchos conflictos actuales. Especialmente cuando se trata de conflictos armados internos, guerras civiles o conflictos motivados por el control de unos recursos naturales cada vez más escasos. En sociedades caracterizadas por un reparto injusto de la riqueza no es extraño que se establezcan regímenes autoritarios y represivos, que mantienen los privilegios económicos de una minoría y excluyen a la mayoría mediante la militarización de la vida cotidiana, la discriminación étnica, la represión política y las violaciones de los derechos humanos. En este tipo de sociedades existe un enorme potencial de inestabilidad y violencia, que en ocasiones desemboca en conflictos guerrilleros o guerras civiles.

Durante los últimos 20 años, más de 100 países en desarrollo, sumidos en la crisis de la deuda, se han visto obligados a adoptar programas de ajuste estructural. Estos programas han recortado el gasto social y los ingresos de los sectores populares, incrementando la pobreza, la conflictividad social y la depredación del medio ambiente. Hoy, muchos países en desarrollo son democracias con pobreza, con un gran potencial de violencia e inestabilidad y un futuro incierto.

Por otra parte, el fenómeno de la globalización viene provocando un aumento en la desigualdad de la distribución de la riqueza mundial. Nunca fue tan grande la distancia entre ricos y pobres: un 1% de la

población mundial (menos de 50 millones de personas), poseen los mismos ingresos que los 2.700 millones de personas más pobres, y mientras el 20% de la población ve aumentar sus ingresos progresivamente, otro 50% se empobrece cada vez más. Según datos del Banco Mundial, en el año 2000 Estados Unidos aventajaba ampliamente al resto de los países, con un Producto Nacional Bruto (PNB) de 9.982 billones de dólares; una suma que equivalía al 31% del producto mundial. Le seguían Japón (4.677 billones), Alemania (1.870 billones), el Reino Unido (1.413 billones) y Francia (1.286 billones). Venían luego Italia, China, Canadá, Brasil y España.

Por exagerado que pueda parecer, 25 de los países más desarrollados suman el 90% del PNB mundial, mientras que los restantes 166 deben contentarse con el 10%. En esta situación, se producen contrastes tan alarmantes como la relación entre el PNB de Estados Unidos y los de Ghana y Bangladesh, que es de 21 a 1 en el primer caso y de 31 a 1 en el segundo.

Pese a que en las últimas décadas se ha progresado considerablemente en la mejora de las condiciones de vida de la población mundial, 2.800 de los 6.000 millones de personas que habitan la tierra viven con menos de dos dólares diarios, y cerca de 1.200 (el 20% del total) lo hacen con menos de un dólar diario, es decir bajo el límite del umbral de pobreza definido por el Banco Mundial. Estos desheredados se distribuyen principalmente en Asia Meridional, África Subsahariana, Asia Oriental y Pacífico, y, en menor medida en América Latina y norte de África.

Como consecuencia directa de la pobreza y del subdesarrollo, surgen en estas deprimidas zonas multitud de fenómenos desestabilizadores de diverso tipo, como pueden ser: crisis humanitarias, tensiones migratorias descontroladas, el narcotráfico, el terrorismo, hasta los conflictos bélicos regionales, en pugna por los escasos recursos disponibles.

La comunidad internacional no puede permanecer impasible ante el problema de la pobreza, pues, al margen de otras consideraciones de carácter moral, en un mundo globalizado no es concebible considerar la pobreza como un problema individual de cada país o región que lo sufre, sino como una fuente de conflictividad transnacional. La superación o reducción de la desigualdad, tanto entre el Norte y el Sur como entre los diferentes grupos sociales, es un elemento esencial para la supervivencia del planeta y la prevención de conflictos armados.

ESCASEZ DE RECURSOS Y PROBLEMAS MEDIOAMBIENTALES

Durante la guerra fría los conflictos armados eran producto del choque ideológico entre el bloque capitalista de Estados Unidos y el bloque socialista soviético. Pero hoy en la posguerra fría, los conflictos armados están motivados principalmente por el acceso a recursos naturales como petróleo, gas natural, diamantes, cobre, oro y agua. Esa es la tesis del profesor Michael T. Klare y de un creciente número de observadores académicos y ambientalistas, que han acuñado el término «guerras de recursos» para describir estos nuevos –y no tan nuevos– conflictos, los cuales están ocurriendo en lugares tan variados como Colombia, la República Democrática del Congo, Angola, la cuenca del mar Caspio e Irak. Desde luego, no es nada nuevo que naciones e imperios se peleen por riquezas naturales. Pero hoy la demanda por estos recursos sube vertiginosamente y por lo tanto van en aumento los descalabros sociales y ecológicos causados en el proceso de extraerlos. A esto se añade el vacío ideológico tras el derrumbe del bloque soviético y la proliferación internacional de armas ultramodernas de enorme poder destructivo (8).

Tanto los recursos renovables (agua y bosques) como los no renovables (minerales y petróleo) son limitados y escasos. Además presentan una distribución asimétrica, entre los actuales habitantes del planeta, y entre ellos y las generaciones futuras. A medida que vayan escaseando estos recursos, es probable que los conflictos aumenten y se agudice la competencia en torno a ellos.

Hay una serie de recursos, esenciales o estratégicos para la supervivencia y el desarrollo, como el agua o el petróleo, que suelen ser motivo de numerosos conflictos armados. Cada vez es más frecuente que determinados conflictos sociales deriven en violencia a causa de la escasez de recursos. Y a la vez la escasez irá en aumento a consecuencia de los conflictos violentos.

La escasez de recursos puede dar lugar a enfrentamientos violentos que provoquen la fragmentación del Estado o la agudización de su carácter

(8) Según RAMONET, Ignacio en su libro: *Las guerras del siglo XXI*: «El objetivo de la globalización no es la anexión de territorios, como en la época de las grandes invasiones o en los periodos coloniales, sino el control de riquezas.» ...«La mundialización no persigue tanto la conquista de los países, como el control de los mercados. Las preocupaciones de este poder moderno no indican, en efecto, su interés por la conquista de territorios como en las épocas de las grandes invasiones o en los periodos coloniales, sino el interés exclusivo por la posesión de las riquezas existentes.»

autoritario, lo que puede originar grandes movimientos de refugiados, dentro y fuera del país. Todo ello, finalmente, alteraría gravemente las relaciones de este Estado en el contexto internacional y afectaría a la seguridad mundial.

Los conflictos violentos causados por la escasez de recursos suelen ser persistentes, difusos y subnacionales. Durante las próximas décadas serán cada vez más frecuentes en los países en desarrollo, sobre todo los que tengan como origen el agua dulce, los bosques, la pesca y la tierra cultivable.

Existe una relación entre el crecimiento de la población, la escasez de recursos renovables, las migraciones y los conflictos violentos, especialmente en las regiones en desarrollo. En este sentido, las interacciones entre la escasez ambiental, el rápido crecimiento de la población y los movimientos de refugiados tienen serias implicaciones en la política exterior y la seguridad nacional de los grandes Estados industrializados, dado que afectan a Estados con un gran número de habitantes, como China, India, Brasil, Indonesia o México; afectan a Estados en regiones clave, como Oriente Medio, norte de África, sur de Asia, América Central y el Caribe; y/o provocan una situación de emergencia humanitaria compleja, allí donde el grado de sufrimiento humano es tal que justifica una acción de asistencia internacional, como es el caso de la zona de los Grandes Lagos en África Subsahariana.

Al ser la seguridad global la que está en juego, es la sociedad internacional la que debe adoptar nuevas prácticas y dar especial importancia a la cooperación, con el fin de reducir la escasez de recursos, controlar el crecimiento de la población, distribuir equitativamente la riqueza de y entre los distintos pueblos y avanzar hacia un desarrollo sostenible.

La población mundial no deja de crecer, mientras devasta tierras, contamina aguas y otros recursos cuya conservación es crucial para su supervivencia. La causa de numerosos conflictos armados actuales es la lucha por unos recursos naturales cada vez más escasos. Su distribución desigual, tanto a nivel global como regional o local, provoca la rebelión de los más desfavorecidos en el reparto. Debido a esta escasez, surgen tensiones entre países, pueblos, o regiones, que suelen degenerar en enfrentamientos violentos. Ejemplos como el del petróleo en la guerra del Golfo, o el agua en Oriente Medio, indican la necesidad real de una cooperación institucional, que haga posible el reparto y gestión de forma sostenible de los recursos para la población actual y las generaciones futuras del planeta.

CONTROL DE LOS RECURSOS NATURALES ESTRATÉGICOS

El acceso a los recursos naturales y su control ha sido siempre un elemento creador de tensiones geopolíticas, y también motivo de codicia. En el mundo actual, en plena explosión demográfica (9), la disponibilidad de recursos alimenticios, minerales, y energéticos, adquieren una importancia vital, siendo los últimos los que despiertan mayor grado de codicia. Valga como ejemplo el intervencionismo estadounidense en la región del golfo Pérsico, donde se encuentran dos tercios de las reservas mundiales de petróleo, y el creciente interés de dicha superpotencia en la región del mar Caspio y Asia Central, considerada de alto valor estratégico desde el punto de vista energético.

En este apartado, vamos a tratar los dos recursos naturales más críticos desde el punto de vista estratégico: los recursos energéticos y el agua.

CONTROL DE LOS RECURSOS ENERGÉTICOS

Para Michael T. Klare (10):

«Un análisis profundo de las tensiones mundiales se revela observando las relaciones internacionales a través del cristal de los recursos naturales en disputa. Los yacimientos de petróleo y gas natural, los suministros de agua y otras materias primas vitales, ofrecen una guía de las futuras zonas de conflicto.»

Según el mencionado autor, estos fenómenos han producido una nueva geografía de conflictos en la que los flujos de recursos, y no las divisiones políticas e ideológicas, constituyen las principales líneas de falla. Para él, considerar el sistema internacional en términos de depósitos de recursos en disputa, ofrece una guía a posibles zonas de conflicto en el siglo XXI.

Durante la guerra fría los conflictos fueron fundamentalmente de carácter ideológico, sin embargo, en la actualidad, y en un previsible futuro, tendrán mucho que ver con el control y la explotación de los recursos naturales, especialmente los energéticos (petróleo y gas natural) que son hoy día el motor de la economía mundial.

(9) En la primera mitad del siglo XXI, el mundo experimentará un crecimiento de 3.000 millones de habitantes.

(10) KLARE, Michael T.: imparte la Cátedra Five College of Peace and World Security Studies en el Hampshire College y es autor de *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*.

El intento de controlar los yacimientos de recursos energéticos, puede generar nuevas situaciones de conflicto, especialmente allí donde los yacimientos y las reservas son más importantes (golfo Pérsico, Asia Central, África, etc.).

La casuística actual nos muestra diversos ejemplos de conflictos que tienen que ver con la pugna por los recursos energéticos: conflictos internos con guerras civiles larvadas, como el caso de Argelia; guerras civiles de larga duración y de resultado incierto, como la de Angola, país que a pesar del conflicto sigue incrementando sorprendentemente su producción petrolífera; y conflictos de larga duración como el del Sáhara Occidental, que aunque de índole territorial, puede verse agravado por la existencia de petróleo en su territorio.

Pero también pueden producirse conflictos internacionales que modifiquen las geopolíticas regionales en función de nuevos intereses geoestratégicos relacionados con el control de los yacimientos de petróleo y gas natural. Las situaciones más conflictivas se dan cuando coinciden en un mismo escenario crisis internas como las arriba mencionadas, con cambios estratégicos motivados por el control de los recursos energéticos tras un vacío de poder, como viene sucediendo en Asia Central, donde el vacío dejado tras la caída de la URSS está siendo ocupado con una creciente presencia de Estados Unidos, interesado en los recursos energéticos del mar Caspio, Uzbekistán, Kazajistán y Turkmenistán, y de las rutas de abastecimiento.

El problema radica en la durabilidad de las reservas, es decir, hasta cuándo se podrán cubrir las necesidades de combustibles fósiles, ya que se estiman 40 y 50 años respectivamente para el agotamiento de las reservas de petróleo y gas natural, a los ritmos de explotación y consumo actuales (11). Ello hace que Estados Unidos, con un 4,6% de la población mundial, sea el mayor consumidor mundial de energía (cerca del 25%). Por ello busca suministradores alternativos. Washington intenta a la vez diversificar sus fuentes (mar Caspio, América Latina y África) e instalar un orden geopolítico favorable en el Golfo. Ahora bien, la estrategia de diversificación choca con dificultades físicas y de precio, y no podrá cubrir más que una parte de las nuevas necesidades. Los productores más importantes fuera del Golfo y Rusia, como Venezuela (de donde procedían un 14,7% de las importaciones en el año 2000), disponen de reservas limitadas.

(11) Según estadísticas de British Petroleum (año 2003).

Por tanto, el golfo Pérsico seguirá siendo durante mucho tiempo el foco de atención de la política energética estadounidense, incluso llegando a ejercer la coerción o el uso de la fuerza para evitar el surgimiento de una potencia regional hostil, lo que le obliga a llevar una política exterior a veces contradictoria.

Mientras siga sin producirse una revolución tecnológica en el ámbito energético, la disminución de la dependencia estadounidense sólo podrá lograrse a través de una muy improbable autolimitación del consumo. Una perspectiva remota, puesto que Estados Unidos se apoya en su supremacía militar para preservar su posición de primer consumidor mundial.

La energía es el único ámbito estratégico donde Estados Unidos está en situación de dependencia. En las últimas décadas, ha visto crecer su dependencia energética constantemente. En el año 1973 importaba el 35% de lo que consumía, y en 2001 pasó al 54,3%. De continuar la tendencia de consumo actual, la dependencia del petróleo importado podría alcanzar el 67% en 2020. Esta creciente necesidad de importaciones para cubrir su demanda de petróleo viene promoviendo, desde los años setenta, el intervencionismo estadounidense, particularmente en el golfo Pérsico, donde las importaciones alcanzaron en el año 2000 el 23,8% (el 15% sólo de Arabia Saudí).

El incremento de las importaciones pone de manifiesto la vulnerabilidad de la economía estadounidense ante posibles conflictos externos, como el embargo petrolero árabe de 1973, la revolución iraní de 1979 y la guerra del Golfo de 1991. Estados Unidos está expuesto al riesgo permanente de una interrupción parcial de los flujos, en particular de los procedentes del golfo Pérsico, a causa de la exacerbación de los sentimientos antiamericanos en la región, incluso en Arabia Saudí, a partir de 1990.

Así pues, allí donde existen intereses estratégicos, las potencias occidentales pueden decidir emplear la fuerza, con el aval de la ONU (como ocurrió en la guerra de Irak en 1990-1991 y en Afganistán en 2001-2002) o sin mandato internacional como en Kosovo en 1999 y en Irak en 2003.

En octubre de 1999, el Departamento de Defensa norteamericano cambió el mando general de las fuerzas estadounidenses en Asia Central al trasladarlas del mando del Pacífico al mando central. La decisión no mereció titulares en la prensa, pero representó un cambio significativo en el pensamiento estratégico estadounidense.

Antiguamente, Asia Central se había considerado un asunto periférico, alejado de las principales áreas de responsabilidad del mando del Pacífico (China, Japón y la península de Corea). Pero esa región, que se extiende desde los montes Urales a la frontera occidental de China, se ha convertido hoy en un importante objetivo estratégico debido a las grandes reservas de petróleo y gas natural que se cree hay bajo el mar Caspio y sus alrededores. Como el mando central ya tiene a su cargo las fuerzas de Estados Unidos en la región del golfo Pérsico, su toma del control sobre Asia Central significa que esta área recibirá ahora una atención más cercana de quienes tienen la tarea primaria de proteger el flujo de petróleo hacia Estados Unidos y sus aliados.

Se podría pues analizar las tensiones en las relaciones internacionales a través del cristal de los recursos en disputa y nos podríamos centrar en aquellas áreas donde es probable que surjan conflictos por el acceso a materias primas vitales. Dicho análisis empezaría con un mapa que mostrara todos los principales yacimientos de petróleo y gas natural en áreas en disputa o inestables. En esas zonas de conflicto potencial estarían el golfo Pérsico, la cuenca del mar Caspio y el mar de la China Meridional, entre otras, como lugares con mayor probabilidad futura de conflictos armados. Desde luego, la sola presencia de recursos valiosos en un área no significa que en ella sea probable el estallido de un conflicto, y también deben considerarse otros factores. Pero la puja por materias primas valiosas es una característica importante de la mayoría de los conflictos, por lo cual un mapa de las zonas de recursos en disputa es un indicador de violencia potencial más confiable que cualquier otro factor.

Identificar estas áreas cobra más importancia a medida que aumenta la presión sobre esas líneas de falla. Conforme crecen las poblaciones y se dilata la actividad económica, el apetito por las materias primas vitales aumentará con mayor rapidez de la que la naturaleza y las empresas de recursos pueden satisfacer. El resultado será una recurrente escasez de recursos claves, que en algunos casos será crónica.

La presión sobre los suministros globales de petróleo podría ser muy intensa. Según el Departamento de Energía de Estados Unidos, el consumo de petróleo global aumentará de unos 77 millones de barriles diarios en el año 2000 a 110 millones en 2020 (un alza del 43%). Si esto es así, el mundo consumirá cerca de 670.000 millones de barriles entre ahora y el año 2020, o sea, casi dos tercios de las reservas de petróleo conocidas del mundo. Desde luego, en ese lapso se descubrirán nuevas reservas y

tecnologías de extracción, pero no es probable que la producción de derivados del petróleo mantenga el ritmo de la creciente demanda.

Idear maneras de resolver pacíficamente esta creciente competencia por recursos naturales es urgente, ya que muchos Estados todavía consideran el control de ciertos recursos como una exigencia de seguridad nacional. Por ejemplo, el presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter declaró en 1980 que cualquier intento de potencias hostiles por interrumpir la circulación de petróleo del golfo Pérsico se «consideraría como un ataque contra los intereses vitales de Estados Unidos», y actualmente están desplegadas permanentemente en el golfo Pérsico nutridas fuerzas estadounidenses para sostener esa política.

Con frecuencia, los conflictos por los recursos se vinculan con otros problemas, como la degradación del ambiente, el desorden económico, el crecimiento de la población y el crimen transnacional. También figuran en muchos conflictos que se caracterizan de otro modo, como por ejemplo, las guerras étnicas o las rivalidades políticas.

Los gobiernos deben dedicar un esfuerzo mayor al desarrollo de combustibles y sistemas de transporte alternativos, así como al estudio de nuevas técnicas de desalinización e irrigación agrícola. Pero estas tareas deben ir acompañadas de iniciativas multilaterales a fin de reducir el riesgo de conflictos violentos por el uso de fuentes de materias primas.

Sin embargo, este tipo de progresos implica, al menos, la elaboración de mapas de tendencias en cuanto a recursos globales y la identificación de las áreas problemáticas que exigen atención internacional. Además, implica desarrollar planes al más alto nivel para evitar futuras crisis de recursos y garantizar la permanente disponibilidad de materias primas vitales. Sólo así podemos confiar en que el planeta permita llegar a acuerdos que den viabilidad a los 9.000 o 10.000 millones de seres humanos que se espera lo habiten para el año 2050.

Los recursos fósiles del planeta están sometidos a un proceso de progresivo agotamiento. Este aspecto cobra especial importancia si se considera que de los minerales fósiles se extrae casi el 90% de la producción de energía mundial. De los combustibles fósiles, el petróleo es la fuente dominante (40%), seguida del gas natural (22%), y del carbón (23%).

En lo que se refiere al petróleo y al gas natural, la producción mundial se encuentra no sólo limitada en el tiempo (40 años para el petróleo y 50 años para el gas), sino también altamente concentrada en torno a un redu-

cido número de países productores. En efecto, apenas una docena de países, la mayor parte de ellos en vías de desarrollo, concentra más del 80% de la producción mundial de petróleo, lo que origina un importante problema de naturaleza estratégica, especialmente para los países más dependientes del suministro exterior.

De ello se deduce que en torno al año 2030, es posible que vivamos una crisis energética de dimensiones impredecibles. Pero antes de que esto se produzca, es seguro que vamos a asistir a una enconada pugna por tan preciados recursos. No hay nada más que ver las tensiones internacionales que ya hoy día se vienen experimentando en las regiones donde se encuentran concentradas las mayores reservas energéticas y sus líneas de suministro, como el caso de Oriente Medio (Arabia Saudí e Irak) y el centro de Asia (Transcaucasia, mar Caspio, Afganistán, etc.).

LA ESCASEZ DE AGUA COMO FACTOR DE CONFLICTO

Gran parte de la población mundial carece de acceso al agua potable, un problema que, lejos de avanzar hacia su solución, se agudiza con asombrosa celeridad. Decenas de conflictos bélicos en el mundo se desatan o están al estallar por el control de ese recurso vital.

La escasez de recursos está ligada al germen y desarrollo de conflictos internacionales, lo que puede comprobarse en determinadas regiones como África y Oriente Medio, escenario de la llamada crisis del agua. Este recurso, cada vez más escaso (12) y vulnerable a la acción destructiva del ser humano, se ha convertido en un factor determinante en muchos de los conflictos de fin de siglo.

El agua cubre más del 70% de la superficie total del planeta. Un 97% es agua salada y tan sólo un 3% es agua dulce. El declive de los ecosistemas de agua dulce se está convirtiendo en un problema importante que puede ser causa de numerosos conflictos en y entre Estados, y que puede afectar a regiones donde este bien es escaso. Este recurso natural se encuentra al límite de su explotación, ya que, aunque es renovable, también es limitado y muy vulnerable a los efectos de la acción humana.

Aunque a nivel mundial existe suficiente agua dulce para cubrir las necesidades de la población del planeta, este recurso está desigualmente distribuido geográficamente, existiendo zonas del mundo con escasez seve-

(12) En la década del 2020, se estima que padecerá escasez de agua casi un tercio de la población mundial.

ra y crónica de agua (África, Oriente Medio y América Latina). Según datos de la ONU, al menos 500 millones de personas sufren de escasez hídrica (menos de 1.000 metros cúbicos por persona al año), y el panorama para el año 2025 es aún más desolador, previéndose que la escasez de agua afecte a 3.000 millones de personas.

A modo de ejemplo, sólo en América Latina carecía de ese recurso el 27% de sus habitantes en 1995. Hoy le falta a más de la mitad de la población del subcontinente. Situaciones similares, y hasta peores, son comunes a grandes extensiones de África, Asia y Oceanía. Asimismo, se estima que el 80% de todas las enfermedades y más de un tercio de los fallecimientos en los países pobres se deben a la ingestión de agua contaminada.

El problema se agudiza por las crecientes necesidades del riego agrícola y de la industria, el avance desmedido de la deforestación, y muy especialmente por la explosión demográfica. Hoy más de la mitad de la población mundial vive en zonas urbanas, proporción que será del 60% para el año 2025. Ya al término de la anterior centuria, con respecto a la que le precedió, la demanda del vital recurso había aumentado en más del 600% a escala mundial, y llama la atención que su consumo lo hizo a un ritmo dos veces mayor que el de por sí alarmante crecimiento demográfico.

La ONU ha señalado que actualmente la cantidad del líquido disponible por habitante es sólo un cuarto de lo que era en el año 1950 en África y un tercio de lo que fue entonces en Asia o en América Latina.

La denominada crisis del agua afecta especialmente a determinadas regiones del planeta, como el norte de África, Oriente Medio y China. Se trata de una crisis con efectos locales, aunque con implicaciones en la seguridad y política regionales, que tiene impacto en zonas áridas o semiáridas, con un alto índice de crecimiento de población. Presenta un carácter multifacético, en el sentido de que, dependiendo del país o región de que se trate, variarán sus efectos: mientras en las megaciudades del Tercer Mundo conlleva grandes problemas de saneamiento y salubridad de las aguas, en otros lugares más desarrollados frena o impide el crecimiento industrial. Implica grandes cambios sociales y pone a prueba la capacidad de las sociedades afectadas para adaptarse y resolver los prácticamente inevitables conflictos internos que surgirán como consecuencia del cambio.

La apropiación del agua y la competencia entre los usuarios es en algunas zonas del mundo un tema que podría generar severas discordias entre los países situados aguas arriba y aguas abajo de los grandes ríos, como

ocurre en Turquía, Siria e Irak, que comparten los ríos Tigris y Éufrates; Egipto y Sudán, con el Nilo, etc.

La región de Oriente Próximo padece dificultades hídricas crecientes, aunque la atraviesan varios ríos (el Nilo, el Tigris y el Éufrates, el Jordán y el Litani), la demanda de agua ha aumentado fuertemente en los últimos 20 años, y el suministro sigue siendo limitado. El equilibrio entre el consumo humano y el patrimonio natural está claramente amenazado por la urbanización (13) y el desarrollo de las superficies irrigadas, que devora más de las tres cuartas partes de los recursos hídricos.

Muchos de los países de Oriente Próximo están debajo del umbral de escasez, estimado en 1.000 metros cúbicos de agua por habitante y año; y algunos de ellos disponen de menos de 500 metros cúbicos. Con el respaldo de sus petrodólares, los países del Golfo han podido recurrir al proceso de desalinización para obtener agua potable en grandes cantidades; en Kuwait se cubre por esa vía el 100% del suministro. Pero la escasez de agua sigue empeorando en Israel y en Jordania. Actualmente el reino hachemí e Israel registran un déficit de cerca de 300 millones de metros cúbicos/año. En la franja de Gaza, el déficit alcanza los 80 millones de metros cúbicos/año, una situación que se explica, entre otras cosas, por la superpoblación y el exceso de bombeo de las colonias judías (20% del consumo total de ese territorio palestino).

Quien tiene el control sobre un recurso escaso, como el agua, tiene poder. De esta manera, este bien puede ser objetivo de acciones militares en disputas por el poder político y económico. Además, como el agua es un recurso que fluye y no respeta fronteras, suele ser un bien compartido por distintos actores y poderes.

Expertos del Centro Internacional de Estudios Estratégicos Internacionales de Washington aseguran que:

«Hacia principios del siglo XXI la pugna por los limitados recursos hidráulicos puede agravar los de por sí frágiles vínculos entre los Estados de la región, y provocar un clima de agitación sin precedentes» (14).

(13) En el año 1970 había en la región sólo dos ciudades con más de 1.000.000 de habitantes, mientras que en la actualidad se contabilizan 15.000.000.

(14) En el año 1979 el entonces presidente egipcio Anuar el-Sadat declaraba: «El único asunto que podría llevar a Egipto a la guerra, otra vez, es el agua...». Y en el año 1990, el rey Hussein de Jordania coincidía con este planteamiento.

Así pues, del mismo modo que el pasado siglo tuvo como centro de sus contiendas el dominio sobre tierras, los recursos minerales y energéticos, como el petróleo, el siglo XXI podría llegar a convertirse en el de las guerras por el control del agua. Y es que la inaccesibilidad al agua potable se ha convertido, para gran parte de la humanidad, en uno de los problemas más serios, no tanto ya por la escasez que se va imponiendo en relación con la cantidad de habitantes, sino también por la falta de políticas claras en cuanto a la explotación de este recurso y porque se va imponiendo como materia prima estratégica.

A medida que la población crezca y los recursos hídricos escaseen, los conflictos por el agua se intensificarán, a menos que se alcancen acuerdos internacionales para la gestión compartida de estos recursos. Como las más importantes cuencas fluviales del mundo atraviesan varios países, los acuerdos sobre gestión y protección de los recursos de agua dulce suelen darse a este nivel.

Para hacer frente a sus necesidades, algunos países han lanzado programas ambiciosos para el aprovechamiento de sus recursos hidráulicos. Egipto puso en marcha el proyecto del «Nuevo Valle», al oeste del Nilo, a fin de aumentar la superficie cultivable del país hasta llevarla al 25% del territorio, frente al 6% actual. En Jordania, las autoridades esperan que dos infraestructuras estratégicas –la construcción de la presa de la Unidad sobre el río Yarmuk, en cooperación con Siria, y la explotación de la napa de Disi, en el sur del país– permitan disipar el peligro de la carencia hidráulica que amenaza al reino.

Pero el plan hidrológico más ambicioso del Próximo Oriente sigue siendo el Gran Proyecto de Anatolia en Turquía que, con 22 presas, debería irrigar 1.700.000 hectáreas y generar electricidad. El proyecto, iniciado a mediados de la década de los ochenta necesitará aún unos 30 años y costará más de 30.000 millones de dólares. Ya se ha completado algo más de la mitad de las obras de infraestructura.

Para poder garantizar a cada ser humano un recurso tan necesario, tiene que haber una sincera concertación internacional, bajo la óptica de que se trata de una realidad que afecta a un número creciente de personas y países en todos los continentes, sin que ninguna nación, por desarrollada que sea, pueda establecer fronteras en materia medioambiental.

Entre los países desarrollados existe una mayor regulación, que ayuda a gestionar los eventuales conflictos, cuyo origen son disputas sobre los

recursos. En los países en desarrollo, en cambio, ocurre lo contrario. Los Estados cuyo abastecimiento de agua depende únicamente de la buena voluntad de sus vecinos, al encontrarse la fuente del recurso fuera de sus fronteras, están en una posición débil a la hora de negociar acuerdos, sobre todo en situaciones de escasez. En la Unión Europea existen regulaciones en relación con los recursos hídricos compartidos, especialmente sobre la calidad del agua, que restringen los derechos de los países dentro de sus fronteras. El hecho de que en este espacio se acepte esta legislación transnacional restrictiva da esperanzas sobre la posibilidad de que iniciativas similares funcionen en otras áreas del mundo.

Estados en crisis

Estados fallidos

Otro fenómeno que viene generando numerosos y sangrientos conflictos civiles en el mundo actual es la proliferación de Estados fallidos (15). Aunque el origen de este fenómeno se remonta a los propios orígenes del Estado, se ha hecho más frecuente a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, época en la que aparecieron nuevas normas (16) para regular la creación de los Estados, dentro del proceso de la descolonización.

Aunque la descolonización dio luz verde al nacimiento y reconocimiento de multitud de nuevos Estados, no resolvió los problemas de subdesarrollo y pobreza que sufrían los territorios no autónomos, ni sus deficiencias institucionales, dando lugar a Estados soberanos con una insuficiente capacidad para gestionar las complejas y crecientes responsabilidades de gobierno. Nacían así los países en vías de desarrollo o Tercer Mundo, y con ello, el embrión del Estado fallido (17).

(15) La CIA contabilizó 113 casos de Estados fallidos entre 1955 y 1994.

(16) La resolución 1.515 de la ONU (1960) sobre la concesión de independencia a los países y a los pueblos coloniales reconoció el derecho de todos los pueblos a la libre determinación.

(17) Kaveli J. Holsti, de la Universidad de Cambridge, definía Estado fallido como: «El Estado que carece de la capacidad de generar lealtad –derecho a gobernar–, de dotarse de los recursos necesarios para gobernar y proporcionar servicios, de mantener el elemento esencial de la soberanía, consistente en el monopolio sobre el uso legítimo de la fuerza dentro de sus límites territoriales, y de actuar dentro del contexto de un consenso basado en una comunidad política.»

Las características principales de los Estados fallidos es la inexistencia de autoridad en parte o todo su territorio. Los gobiernos se ven incapaces de realizar sus funciones básicas y el orden y la cohesión social se disuelven. La seguridad es precaria, así como las instituciones y servicios básicos. Surgen entonces conflictos en el interior de los Estados, donde aparecen señores de la guerra y poderes fácticos que rivalizan con el frágil Estado para alcanzar el poder y controlar el territorio o las fuentes de riqueza (Somalia, Angola, Liberia, Sierra Leona, Afganistán, Colombia, etc.).

Otros efectos derivados del colapso del Estado son el establecimiento en los mismos de santuarios de organizaciones terroristas y criminales, que sirven de plataforma para exportar inestabilidad a los países vecinos e incluso a otros más lejanos, dando lugar a lo que se denomina guerra transnacional.

El fin de la guerra fría, con la desintegración de la URSS y la disolución de la antigua Yugoslavia, abrió un nuevo ciclo de creación de Estados, algunos de los cuales (Georgia y Bosnia-Herzegovina), aunque reconocidos internacionalmente, no cumplían con las mínimas condiciones de gobernabilidad, lo que contribuyó a la génesis de sangrientos conflictos de sobra conocidos, y que aún hoy se encuentran latentes, con la amenaza de aparición de nuevos Estados fallidos desde los Balcanes, pasando por el Cáucaso, hasta las repúblicas de Asia Central.

En los próximos años, es posible que este proceso afecte a otros Estados como Indonesia, India, Filipinas, Nigeria o Chad, que actualmente vienen experimentando tensiones secesionistas. También, la independencia de Eritrea o Timor Oriental puede ser el preludio de una desmembración de antiguos imperios, que podría originar una nueva generación de Estados fallidos.

Ante este fenómeno, que como se ha visto, constituye una amenaza para la paz y seguridad global, la comunidad internacional deberá reaccionar, como lo ha venido haciendo en casos anteriores (Ruanda, Yugoslavia, etc.), para suplir las deficiencias del Estado fallido y restablecer las condiciones mínimas de seguridad.

Fracaso democrático

Durante las últimas cuatro décadas el mundo ha experimentado un gran avance en los derechos civiles y políticos, hecho que se ha materializado en el acceso de numerosos países a un régimen democrático. Esta evolución ha ido acabando sucesivamente con las dictaduras europeas

(España, Portugal, Grecia, etc.), con las latinoamericanas (Chile, Brasil, Argentina, etc.) y con algunos regímenes autoritarios asiáticos (Corea del Sur, Taiwan e Indonesia) y africanos.

En total, entre los años 1974 y 2000, 113 países pasaron de un régimen autoritario a un sistema multipartidista con elecciones libres. Pero también se registraron fracasos en esta «transición democrática». Aproximadamente 40 países siguen careciendo de un sistema democrático, y otros no ven consolidarse la democracia y vuelven a sumergirse en la violencia o en la dictadura, debido a la corrupción de castas, etnias y oligarquías que utilizan el poder en favor de sus intereses propios e inmediatos.

Hay una relación entre democracia, conflictos armados y paz. En las sociedades en las que rigen las libertades públicas, los derechos humanos y los derechos civiles, existen más posibilidades de que los conflictos se resuelvan sin el uso de la violencia.

Cuanto más estables son las instituciones democráticas, menos se recurre a la violencia. En los sistemas democráticos existen garantías para los ciudadanos, y si sus derechos son vulnerados disponen de procedimientos reivindicativos no violentos.

La Ley en la democracia debe proteger los derechos universales de todos los ciudadanos, al igual que los derechos particulares de las minorías o sectores de la población que pueden sufrir alguna discriminación. Los sistemas democráticos son los más aptos para resolver los conflictos en las sociedades multiculturales, multiétnicas o multirreligiosas, aunque esto no quiere decir que funcionen a la perfección y supriman de raíz la causa de los conflictos. Hay más democracias imperfectas que perfectas entre los Estados tenidos por democráticos.

En los que no lo son, las libertades esenciales no están garantizadas y, más aún, son violadas por los propios Estados. Pese a la aparente fuerza de las dictaduras, basada en la violencia, cuando no rige la democracia se produce un vacío de poder institucional. Por regla casi general esto lleva a la rebelión de sectores de la sociedad oprimidos y coartados en sus derechos, libertades y en el acceso a mayores niveles de bienestar.

Globalmente, los Estados democráticos tienden a relacionarse de forma pacífica entre sí. Hay, sin embargo, Estados democráticos con intereses económicos externos o geopolíticos que actúan de forma imperialista. Hay también Estados democráticos, o grupos económicos de Estados

democráticos, que ayudan a gobiernos dictatoriales a cambio de obtener beneficios económicos.

Como tendencia general, al aumentar el número de Estados democráticos será más probable que se aborden y se gestionen de forma pacífica los problemas comunes, como la crisis medioambiental, los desplazamientos masivos de refugiados y emigrantes, las guerras o el comercio internacional. El avance de la democracia en cada Estado del sistema mundial favorece a largo plazo la paz dentro de los Estados y entre ellos.

Luchas independentistas y secesionistas

El largo proceso de la descolonización dejó muchas secuelas, y como consecuencia de ello varias luchas independentistas siguen en marcha. Los insurrectos se rebelan contra un poder central que les impone su soberanía poscolonial, como en Mindanao, Borneo, Sudán o Sri Lanka. Incluso a veces las luchas se producen contra Estados también nacidos de la descolonización, como los casos de Eritrea, separada de Etiopía, el Sáhara Occidental, Timor Oriental y Cachemira entre otros.

La comunidad internacional se enfrenta al problema del cuestionamiento de las fronteras coloniales, que ocasiona tendencias centrifugas (18) que se dejan sentir en África y en Asia. Por su parte, África vive la dura crisis de Estados que, creados por la colonización, se desgarraron en violentas guerras, como en los casos de Somalia, Angola, Sierra Leona y República Democrática del Congo. En numerosos casos, existen «zonas sin Estado» que escapan del control de los poderes centrales, y se produce una lenta pero inexorable descomposición étnica que amenaza la integridad territorial de los Estados.

Pero el continente europeo tampoco escapa del fenómeno secesionista. Tras la caída del Imperio de la URSS surgieron 15 nuevos Estados y numerosas tensiones. Rusia constituye una federación de 21 repúblicas, algunas de las cuales reclaman autonomía o independencia (Tartaria y Chechenia). También en los Balcanes, la fragmentación de Yugoslavia ha ocasionado varias guerras como resultado de las cuales han surgido nuevos Estados cuya viabilidad aún se cuestiona.

Las democracias occidentales tampoco están al margen de rebeliones regionalistas, a veces violentas (vascos y corsos), y en las que la imposi-

(18) Los casos de Somalila en el Cuerno de África y de Mindanao en el archipiélago de Filipinas son dos casos paradigmáticos.

ción de las reglas por mecanismos democráticos resulta difícil (Irlanda del Norte).

Otro factor que contribuye a la generación de conflictos es el debilitamiento de los Estados nacionales y la proliferación de reivindicaciones de autonomía que se producen en Europa como consecuencia de la construcción de Europa. La construcción de Europa ha originado presiones destructivas para las naciones que la integran. El renovado ímpetu de las identidades regionales supera a menudo los progresos de la descentralización y la desregionalización, hasta el punto de plantear la cuestión nacional en términos de secesión o fragmentación.

A menudo creada por medio de la coerción, la nación sigue siendo la única estructura que garantiza la colectivización de los riesgos y la solidaridad entre poblaciones heterogéneas. Pero, el crecimiento del poder de Europa y, sobre todo, los discursos dogmáticos que lo acompañaron, hicieron creer a muchos que se estaba construyendo un nuevo perímetro de solidaridad que sustituiría al de nación, considerado ya demasiado estrecho. La instauración de las regiones europeas contribuye así a un nuevo cuestionamiento de los mecanismos de solidaridad intra nacionales. La reparación de la identidad regional que conduce al actual debilitamiento de la idea de nación contribuye al desarrollo de dos tipos de conflictos regionales que se alimentan mutuamente para constituir un mismo estallido.

Los conflictos prenacionales son propios de regiones que mantuvieron reticencias históricas a incorporarse a un conjunto nacional, como Córcega, Irlanda del Norte o Escocia. Pueden ser pobres o ricas, pero todas tienen en común su negativa a fusionar su identidad particular dentro del crisol nacional. Los conflictos posnacionales, en cambio, surgen de regiones generalmente ricas, que aportan a los presupuestos nacionales más de lo que reciben y que, sobre la base de una identidad regional más o menos establecida, aspiran a cortar o debilitar el vínculo con la nación, para liberarse de la «cruz» de la solidaridad que ésta impone: Flandes, el País Vasco, Cataluña, Eslovenia, etc., son algunos casos paradigmáticos.

Pero conflicto no significa necesariamente guerra civil o secesión. Muchas veces se trata de la voluntad de diluir la solidaridad interregional a través de la federalización (Bélgica), o de una fuerte regionalización (Italia y España), especialmente en el terreno fiscal.

En estas circunstancias, el futuro bien pudiera encerrar una causa estructural de fragmentación de un territorio europeo que no tiene ni tendrá las

características y las virtudes de solidaridad de una nación, junto con la profundización de las tendencias al repliegue de la identidad de numerosos territorios.

Por tanto, son numerosos los territorios y países que atraviesan graves crisis, cuya solución plantea problemas a la comunidad internacional y que sin duda van a marcar los conflictos de las próximas décadas.

Luchas étnicas

Otra consecuencia nefasta del proceso de descolonización fue la conversión de demarcaciones coloniales en nuevos Estados de una forma arbitraria, sobre la base de unas fronteras artificiales y sin tener en consideración la composición étnica del territorio. Como resultado de ello, los nuevos Estados surgidos son heterogéneos desde el punto de vista étnico.

Con el devenir de los tiempos, la memoria de la dominación colonial va desapareciendo, y los nuevos Estados han de buscar, o recuperar del pasado, sus señas de identidad, ya sea a través de una lengua o de una religión que resucite la solidaridad grupal. Se crea así el caldo de cultivo para el conflicto étnico-cultural. Como dice Samuel P. Huntington (19), los Estados cuyo territorio está atravesado por líneas de fractura entre civilizaciones, como se da por ejemplo en Nigeria, Chad, Georgia, Filipinas, Indonesia, Yugoslavia, etc., son estructuralmente inestables y proclives a su desintegración.

Son muchas las guerras civiles contemporáneas que amenazan la cohesión de los Estados en las que las divisiones étnicas son el elemento determinante. Tenemos ejemplos del fenómeno descrito en la desmembración de la antigua Yugoslavia y de la Unión Soviética, donde aún se producen enfrentamientos de carácter étnico-religioso.

Otro elemento determinante de la identidad cultural de los pueblos es su lengua. En el mundo existen aproximadamente 5.000 lenguas y 200 Estados, aunque desde el siglo XVI esta cantidad ha venido disminuyendo a causa de las conquistas y de la aparición de nuevos Estados-Nación en Europa. De hecho, gran parte de ellas están amenazadas de extinción (20), aunque los pueblos tratan a toda costa de conservar la

(19) HUNTINGTON, Samuel P.: *El choque de civilizaciones y la configuración del orden mundial*. Nueva York, 1996.

(20) Se estima que 4.500 lenguas desaparecerán en los próximos 100 años.

propia como seña de identidad (como el caso de los beréberes en el norte de África).

El despertar de la identidad étnica o de clan, y también religiosa como veremos posteriormente, puede originar choques sangrientos de extrema violencia, desde la limpieza étnica hasta el genocidio. En África, identidades étnicas que ningún sistema político heredado de la descolonización llegó a incorporar, protagonizaron guerras civiles como el Ruanda y Burundi, que provocaron exterminios masivos entre tutsis y hutus en los años noventa.

El despertar de las identidades étnicas que siguió al desmoronamiento de los regímenes del Este, hizo estallar el molde ideológico que sofocaba las pugnas étnicas o religiosas que se encontraban larvadas. Desde el año 1990, la mayoría de los Estados multiétnicos viene atravesando crisis (Rusia, Yugoslavia, Indonesia, China, etc.). En los confines de imperios con entrecruzamientos étnicos complicados (Balcanes, Cáucaso y Asia Central), la transición democrática de los Estados multinacionales antiguas comunistas suscitó numerosas revueltas nacionalistas. Por ejemplo, en los Balcanes, poblaciones que hablan una misma lengua se enfrentan por cuestiones religiosa o territoriales (croatas, serbios y musulmanes bosnios).

En África, el despertar de las etnias agrava la decadencia de los Estados nacidos de la descolonización. Enfrentados a la crisis social, los grupos apelan a solidaridades étnicas, de clan (Somalia), o religiosas (Senegal). Otros países como Chad o Angola, son devastados por guerras de origen étnico, casi ininterrumpidas desde su independencia. Incluso son alcanzados por este fenómeno los Estados africanos más ricos, como ocurre en Costa de Marfil, que sigue debatiendo sobre su identidad.

Cuando las reivindicaciones étnicas se entremezclan con dificultades económicas y flagrantes desigualdades sociales, hacen brotar fuertes tensiones, como ocurre en el desestabilizado suroeste asiático. En Sri Lanka, los Tigres de la Liberación de Elam Tamil (TLET) llevan a cabo una lucha armada para independizar a la comunidad tamil hindú de la mayoría, cingalesa y budista. A pesar de las derrotas que vienen registrando desde 1995, y de su aislamiento internacional, los TLET siguen constituyendo una fuerza poderosa y luchan por una autonomía sustancial y por la reanudación de las negociaciones de paz.

En Pakistán, el islam no logra cimentar la unidad nacional, y la cuestión étnica y religiosa contribuye a la decadencia del Estado, como se mani-

fiesta en la quiebra económica y en el auge de las organizaciones extremistas. En la provincia de Sind, se enfrentan los sindíes y los mohajjirs, inmigrantes musulmanes que vinieron de la India en 1947, mientras que en el Punjab se enfrentan chiíes y suníes. También podría resurgir la reivindicación del «Pakhtunkhwa», el Estado que engloba los territorios habitados por los pashtos de Pakistán y de Afganistán.

Al concluir la década de los ochenta aparecieron los primeros conflictos territoriales en la zona del Cáucaso. La superposición de regiones étnicas, herencia del régimen de Stalin, fue cuestionada, y el resultado de la vieja táctica de «dividir para reinar», fue una serie de bombas de acción retardada. Unos piden su incorporación al Estado vecino (los armenios de Karabaj a Armenia, los osetios del sur a Rusia); otros reclaman su independencia (los abjasios y los chechenos). Estas tensiones degeneran en conflictos armados que desangran al Cáucaso y que ya provocaron el éxodo de cerca de dos millones de refugiados. A pesar de la intervención de la comunidad internacional, la región continúa en una situación oscilante entre la guerra y la paz, propicia para todo tipo de tensiones.

Con frecuencia unos grupos humanos dominan a otros imponiéndoles su idioma, su religión o sus costumbres. Se genera así un tipo de conflicto de raíces étnicas. Los conflictos étnicos son tan antiguos como la humanidad. En otros tiempos, fue frecuente que unos grupos sometiesen a otros a la esclavitud, para utilizar su fuerza de trabajo o incluso para combatir a su servicio. En la actualidad, este tipo de conflictos se extiende sobre todo el planeta y se expresa en el rechazo de unos pueblos a ser dominados por otros que consideran ajenos a su identidad.

Ocurre a veces que el sojuzgamiento de unos grupos por otros coincide con situaciones de desigualdad económica, de despojo de recursos naturales propios de los grupos oprimidos o de desplazamientos forzados de poblaciones fuera de sus territorios de origen, y así las causas étnicas de los conflictos se relacionan en ocasiones con las económicas, con la lucha por los recursos y por los territorios. Una vez más se confirma lo indicado anteriormente: las causas de los conflictos se combinan entre sí a menudo multiplicando sus efectos.

Comunidades étnicas con identidades culturales muy diferentes pueden convivir pacíficamente en un mismo territorio, pero pueden también entrar en terribles conflictos e incluso en encarnizadas guerras. En la mayoría de los casos, los aspectos étnicos interactúan con otras dimensiones como la diferencia religiosa o lingüística, y también la pugna por el territorio y los recursos.

Los conflictos por causas étnicas, culturales, políticas y por las agudas desigualdades socioeconómicas pueden incrementarse o reavivarse cuando el Estado o un grupo dentro de éste, aumentan su capacidad militar. La mayoría de los conflictos armados que se han producido después de la Segunda Guerra Mundial han tenido lugar en los países del Sur y han ocasionado la muerte de al menos 20 millones de personas, en su mayoría civiles.

La religión y las guerras

La primera pregunta que podríamos formularnos es si verdaderamente existen guerras de religión. Y nos viene inmediatamente a la mente el ejemplo de los ataques terroristas del 11 de septiembre (11-S) ¿Se podría explicar el conflicto desencadenado como consecuencia de dichos ataques por motivos religiosos? Aunque no es la primera vez en la Historia que se invoca el nombre de Dios en una guerra, en mi opinión, creo que es difícilmente asumible que se quiera justificar cualquier guerra en nombre de Dios.

Por ejemplo, el conflicto de Irlanda del Norte no tiene que ver con la religión, aunque los contendientes se llamen católicos y protestantes. Se trata de un conflicto social y territorial, y si los habitantes de ese país no tuvieran ninguna religión, los partidos llevarían otro nombre. Tampoco la lucha entre palestinos e israelíes es, en primer término, una guerra de religión. Comenzó como una contienda territorial y a partir de 1967 ambas partes empezaron a invocar a Dios. Pero, para los israelíes y palestinos secularizados, el motivo de la guerra sigue siendo el territorio.

La lucha contra el terrorismo no puede, a mi juicio, considerarse una guerra de religión, pues quien invoca Dios en una guerra lo convierte en un dios nacional belicoso y, en términos teológicos, en un ídolo. Las guerras religiosas son siempre conflictos bélicos políticos, en los que la religión dominante se convierte en justificación ideológica. Esto lleva a la paradójica situación de que, en caso de guerra entre Estados de la misma religión, ambos pidan al mismo Dios que bendiga sus armas.

La primera gran guerra en Europa, la guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia, enfrentó a dos naciones católicas. En la Segunda Guerra Mundial, lucharon católicos, protestantes y ortodoxos; sin embargo, no fue una guerra de religión, sino que se unieron todos contra el neopaganismo nazi.

Es verdad que en nombre de la religión se ha causado mucho sufrimiento en el mundo, y si bien hemos mantenido que las guerras de religión no existen, eso no quiere decir que una guerra no pueda ayudar a despertar sentimientos religiosos.

La religión siempre ha constituido una fuente de identidad de los pueblos, el testimonio de su especificidad, de su historia, y por tanto de su memoria y solidaridad. En realidad, muchas de las reivindicaciones étnicas o nacionalistas pretenden apoyarse en la religión como justificación, como se ha visto en la antigua Yugoslavia y en el sureste asiático. La afirmación de esa «identidad», puede transformarse en «integrista», que a su vez puede llegar al fanatismo terrorista, del que ninguna religión es inmune. Tanto el cristianismo en los Balcanes como el judaísmo en Israel, y el islam en África, y Oriente Medio y Asia, presentan ejemplos de cómo se puede ejercer la violencia en nombre de su propia interpretación de la verdad.

El integrismo religioso se presenta en todas las grandes religiones. La radicalización del fundamentalismo islámico ha alcanzado grados extremos de oscurantismo (talibanes afganos) y violencia (Grupo Islamista Armado argelino o Al Qaida), especialmente intolerantes con las otras religiones. El integrismo judío preconiza la expansión de Israel y avanza con la colonización de los territorios palestinos ocupados en 1967. El integrismo hindú accedió al poder en la India, explotando una hostilidad criminal contra los musulmanes indios. El fundamentalismo protestante amenaza las tradiciones de tolerancia e igualdad religiosa en Estados Unidos.

Las formas de exclusión basadas en la identidad religiosa y/o étnica son muy diversas, y van desde las más estrictas (Arabia Saudí prohíbe en su territorio cualquier práctica religiosa que no sea el islam) hasta las más tradicionales (barrios-gueto en Irlanda del Norte). Desde formas insidiosas, institucionalizadas por regímenes supuestamente democráticos (situación de los árabes israelíes), hasta las modalidades más violentas (las «limpiezas étnicas» de Bosnia y Ruanda entre otras).

La utilización política de la religión es un fenómeno relativamente contemporáneo. Muchas de las llamadas guerras «religiosas» no son en realidad más que enfrentamientos políticos que utilizan una bandera confesional. Tenemos múltiples ejemplos para ilustrar este hecho, como el ya citado enfrentamiento entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte, que en sus orígenes era un conflicto social y político entre dos poblaciones desequilibradas, la una colonizadora de la otra. También, durante las recientes

guerras en los Balcanes, se ha podido hablar de las religiones como «tótemes de clanes» de las facciones enfrentadas.

El mundo actual está atravesado por tres principales líneas de fractura religiosa: la que divide Europa entre el mundo católico y el mundo ortodoxo; la que separa, en el Próximo Oriente, África y Asia, al mundo musulmán del mundo cristiano; y la que divide al islam y al hinduismo en el subcontinente indio. Estas diferentes culturas religiosas pueden generar en el futuro nuevos conflictos.

Pero, los extremismos religiosos tienen su mayor trascendencia en el mundo islámico. Para que se de esta situación concurren dos factores básicos: el primero de ellos se encuentra en la esencia misma del islam y es la falta de distinción entre lo temporal y espiritual, buscando el establecimiento de una ley, la coránica, que regula tanto las relaciones de los hombres con Dios, como las que se establecen entre los propios hombres. Al no existir iglesia, ni sacerdotes, ni jerarquía a la manera cristiana, comunidad religiosa y «Estado» tienden a confundirse.

El segundo factor es el hecho constatado de que el compromiso religioso de los pueblos tiende a aumentar en periodos de dificultad, cuando las transformaciones socioeconómicas y los cambios culturales amenazan las tradicionales normas de comportamiento de la sociedad, amenazando con quebrar la esencia misma de su sistema de valores. De este modo, el movimiento islámico se convierte en una reacción contra el malestar social y político, buscando el retorno a aquello que hizo grande y respetado al mundo musulmán en contraste con las humillaciones del momento.

Aunque en todas la religiones se generan conflictos, es claro que hay un sentimiento general de que en el seno del islam se producen con más frecuencia y con mayor virulencia. Ello se debe, en parte, al auge del fundamentalismo islámico habido en las últimas décadas.

Entre las razones más importantes que han propiciado un espectacular desarrollo del fundamentalismo islámico en estos últimos años podemos citar: la existencia de un grave problema de identidad creado por la dominación colonial; el impacto modernizador con sus secuelas de industrialización acelerada y urbanización descontrolada, que ha supuesto una grave crisis cultural; y la desafección ante regímenes políticos corruptos y carentes del apoyo popular.

En ocasiones el fundamentalismo es útil al poder, en la medida en que le ofrece legitimidad e, incluso, contenido ideológico cuando hay falta de

mensaje político. La existencia de gravísimas desigualdades económicas y sociales y la conciencia de que las políticas en vigor no las van a eliminar en un futuro previsible, así como la ausencia de democracia y de canales de participación en los asuntos públicos, son factores que favorecen a los fundamentalistas.

Por otra parte, la falta de solución al problema palestino, el apoyo dado por Occidente a Israel para lograr sucesivas victorias sobre el mundo árabe, la revolución iraní de 1979, que reforzó el carácter del islam como liberador de los oprimidos y su imagen combativa anticolonial y antioccidental, y por último las últimas guerras del Golfo, han contribuido también a la expansión del fundamentalismo islámico y han levantado profundos resentimientos antioccidentales entre las masas árabes.

La combinación de todos estos factores ha dado como resultado una fantástica proliferación de grupos fundamentalistas en el mundo árabe que pueden alcanzar hoy varios centenares, de los que el 80% son suníes, en tanto que los grupos chiíes son especialmente importantes en el Líbano, Irak, Arabia Saudí y países del Golfo.

En la actualidad cerca de un centenar de organizaciones islámicas radicales (chiíes y suníes) militan activamente en todos los países árabes y en los no árabes con fuerte población musulmana. Estas organizaciones son conocidas tradicionalmente en Occidente como «grupúsculos integristas», «grupúsculos terroristas islámicos».

En los últimos tiempos, especialmente tras el 11-S la palabra *yihad* ha invadido los medios de comunicación con cierta frecuencia. A ella se invoca para explicar la actitud de los grupos islámicos más radicales, para desentrañar la ideología de los independentistas chechenos, los talibanes afganos, los extremistas egipcios o palestinos, la guerrilla de Abú Sayaf en Filipinas o los grupos islamistas de Indonesia. A la *yihad* pueden invocar musulmanes de todo el mundo ante las crisis que por desgracia azotan asiduamente sus países, pero deberíamos comprender que no sólo es una llamada a la violencia e intolerancia contra un enemigo religioso. Además, el hecho de que un jefe religioso exhorte a los musulmanes a emprender un *yihad* armado no implica que toda la comunidad islámica se sienta obligada a responder. De hecho, hemos de recordar que algunos países árabes se aliaron con Estados Unidos durante la guerra del Golfo de 1991.

La doctrina del *yihad* ha tenido diversas interpretaciones y circunstancias históricas, a la que se une ahora la aplicada por los grupos islamistas radi-

cales, que por supuesto no es la única. Lo cierto es que se sigue teniendo una idea fija y limitada de la actitud ante la violencia en el islam en general y sobre el *yihad* en particular.

Efectivamente, la interpretación de *yihad* que parece haber tenido mayor impacto es la desarrollada en el ámbito jurídico. La noción jurídica de *yihad* se corresponde con el enfrentamiento armado contra la llamada «morada de la guerra» (*dar al-harb*), territorios no regidos por el islam. En teoría, el objetivo último del islam es extender su fe en todo el mundo, aumentar los territorios de la «morada del islam» (*dar al-Islam*), incluso por las armas. El *yihad* ofensivo es una obligación colectiva para todos los musulmanes que estén en condiciones de practicarlo, mientras sólo se considera obligación individual si es en defensa propia. Es más, en contra de lo que algunos piensan, el *yihad* no está entre las obligaciones individuales, llamadas «pilares del islam» (profesión de fe, oración, ayuno, limosna legal y peregrinación). Tan sólo un grupo doctrinal muy minoritario, los jariyíes, lo incluyen en los principios de la fe.

El postulado filosófico de que el fin nunca justifica los medios, hizo que los juristas regularan el *yihad* con una serie de limitaciones, de modo semejante a la doctrina de la guerra justa en el cristianismo: debe ser el último recurso ante un conflicto, y entre contendientes proporcionales; su causa debe ser justa, sin provocar un mal mayor que el que se pretende evitar; debe ser proclamada por una autoridad legal, y se somete a ciertas condiciones y medios para evitar el sufrimiento de inocentes.

Así, el *yihad* armado, a diferencia de la guerra santa, no se considera inspirado y ordenado por Dios, como ocurrió en otras religiones, sino que es fruto de una decisión humana que juzga cuál es la causa que considera justa y deja en manos de Dios aprobarla o censurarla, es decir, concederle o negarle la victoria. Tampoco es exclusivamente una guerra dirigida contra otras religiones, pues abarca todo enfrentamiento para defender el desarrollo del islam, obstaculizado por musulmanes o no musulmanes. De hecho en árabe no existe un vocablo equivalente a «guerra santa».

Esto no ha evitado que a lo largo de la Historia se haya utilizado este criterio para legitimar guerras con pretextos religiosos, encubriendo intereses económicos, políticos o estratégicos, ni que se hayan elaborado ideologías combativas que defiendan la sacralidad del *yihad* violento. La legitimidad del *yihad* como lucha armada fue utilizada como pretexto para la expansión del islam. Cuando la integridad del Imperio empezó a resquebrajarse, el mito de la unidad islámica seguía induciendo a los juristas

a obviar la realidad y reconciliar ese ideal con sus disposiciones legales, estableciendo la legitimidad del *yihad* incluso en ausencia del califa, la autoridad que podía refrendarlo. Se mantenía una ficción externa por la cual el *yihad* seguía siendo una guerra religiosa, y por tanto legítima, aunque en el fondo la doctrina no determinaba la política de los regímenes islámicos, sólo era un discurso legitimador de esos gobiernos y sus acciones.

En la actualidad, tampoco hay una lectura unánime del precepto islámico del *yihad*, pero el discurso islamista suena con fuerza. Los grupos islamistas buscan la legitimación en su carácter religioso y panislamista, y algunos grupos radicales pretenden arrogarse la autoridad para imponer su interpretación del *yihad*. En algunas ideologías fundamentalistas islámicas se trata de acabar por medios violentos con los gobernantes que no actúan como verdaderos creyentes ni hacen prevalecer la ley islámica, y después, contra todos aquellos que pudieran obstaculizar su proyecto político y social, musulmanes o no. Estos grupos siguen manteniendo la ficción del *yihad* como discurso legitimador de su política o sus intereses encuadrando toda acción en un marco religioso que les otorga autoridad. La fuerza de tales argumentos en las sociedades islámicas se debe a la terrible opresión social, política y económica, la falta de perspectivas mejores y el deseo legítimo de recuperar una identidad en el islam, todo ello coadyuvado por las políticas cómplices y complacientes de los países occidentales.

La existencia de una noción legal del *yihad* que legitima los medios violentos y que actualmente ha originado posturas combativas no ha sido óbice para que se hayan elaborado y se sigan desarrollando otros conceptos e interpretaciones. El origen de la noción legal de *yihad* está en la tradición islámica, que como toda tradición religiosa, se muestra bastante ambigua respecto al uso de la violencia. En el Corán el término *yihad* se refiere en principio al esfuerzo que todo creyente musulmán debe hacer para armonizar su comportamiento con los principios éticos del islam, y éste se traduce en una amplia gama de acciones: desde el acercamiento pacífico hacia quien pueda obstaculizar su esfuerzo, hasta el enfrentamiento violento con él. Varios «dichos» del Profeta indican la supremacía del *yihad* mayor (la lucha espiritual contra los vicios, las pasiones y la ignorancia) frente al *yihad* menor, la lucha armada regulada por la ley. Esta tradición propició el desarrollo de una noción del *yihad* como lucha interna contra el ego desarrollada en círculos sufíes, y que ha tenido un gran impacto en la espiritualidad islámica.

La idea de sumisión total a Dios implica una total confianza en que éste siempre velará por los musulmanes ante los conflictos, lo que ha desembocado en actitudes distintas respecto al uso de la violencia. Unos interpretan el *yihad* como iniciativa violenta ante un conflicto, aceptando la derrota si la causa no es justa, convencidos de la fuerza que puede darles la omnipotencia divina. Otros optan por la resistencia negativa, el inmovilismo y la aceptación resignada de la injusticia, sublimando su posición con una especie de revancha moral y prefiriendo que la violencia recaiga sobre ellos mismos. Pero hay una tercera actitud, la de transformar el autosacrificio como instrumento para el cambio y la justicia social, y sacar de la profunda convicción en la protección divina el coraje necesario para emprender acciones no violentas. Quizá esta idea de *yihad* mayor opuesto al enfrentamiento violento fue ingrediente de las iniciativas no violentas de resistencia activa decisivas para el éxito de la primera Intifada palestina: manifestaciones, huelgas, boicoteo a productos israelíes, cierre de comercios, insumisión fiscal, protestas, no colaboración, etc.

De una parte, las ideologías fundamentalistas islámicas más radicales utilizan la legitimidad del mensaje religioso para imponer un modelo de *yihad* ofensivo, indiscriminado y suicida que rompe con gran parte de la tradición legal y espiritual del islam. Sus ataques terroristas y sus guerras larvadas muestran el arraigo de esa cultura de la muerte, un menosprecio por la vida propia y ajena que encuentra caldo de cultivo en la situación desesperada de muchos países islámicos. Como ha señalado Gilles Kepel, los atentados del 11-S pueden tener el efecto de conseguir la fácil adhesión espontánea de muchos musulmanes en el mundo que sufren graves injusticias económicas, sociales y políticas, y que culpan de ello a Occidente, en especial a la política de Estados Unidos (21). El golpe a las Torres Gemelas y el Pentágono se convierte para ellos en un símbolo de venganza que les devuelve la esperanza de ser tenidos en cuenta, de retomar algo de poder. Pero esto no tiene que pasar por el empleo de medios extremadamente violentos. Muchos musulmanes se pueden sentir tentados a olvidarse de los medios que se están empleando en nombre de la Justicia, y radicalizar su postura, abandonando las opciones moderadas que empezaban a vislumbrarse.

(21) Sami Nair expone tres causas fundamentales: la doble moral de la política estadounidense respecto al conflicto palestino-israelí, el cruel embargo infligido al pueblo iraquí y el apoyo a los regímenes despóticos y dictaduras de países árabes y musulmanes. Véase, *Actuar sobre las causas profundas del drama*.

Reflexiones finales

Como se advirtió al principio, en este trabajo no se ha pretendido contemplar todos los conflictos existentes en el mundo, sino tratar de agruparlos en razón de las causas que los originan. De hecho, existen otras causas de conflicto, como son la proliferación de armas ligeras y de destrucción masiva, los tráficos ilegales y las pandemias (como el sida), que pueden producir desastrosos efectos en amplias áreas geográficas y que poseen un considerable potencial de desestabilización regional e incluso mundial.

Asimismo, la humanidad, padece las consecuencias nefastas del terrorismo internacional. Hoy en día, tras los trágicos sucesos del 11-S, ninguna política de seguridad y defensa, ni de prevención de conflictos, puede ignorar el fenómeno del terrorismo, que constituye la principal causa de inestabilidad en el mundo y que debe ser erradicado mediante la cooperación internacional, bajo los auspicios de ONU.

Son, pues, malos tiempos para la paz, y nos guste o no, parece altamente probable que en los años venideros asistiremos a una amplia gama de conflictos asimétricos, ante los que se necesita una ardua labor prospectiva para su determinación y preventiva para su resolución. Es pues tarea de todos los Estados, y también de la comunidad internacional, realizar un constante esfuerzo de investigación para comprender como serán los próximos conflictos, única manera de poder adaptar la Institución Militar a las nuevas necesidades, haciendo de ella una herramienta eficaz para la seguridad y defensa. Nuestro estudio ha pretendido facilitar el análisis de las causas de los conflictos con ese objetivo. Pero tras la averiguación del porqué de los conflictos, es necesario también un gran esfuerzo, tanto para prevenirlos antes de su agravación, como para controlarlos y limitarlos en su evolución, así como para la posterior recuperación de las sociedades que han sufrido sus efectos.

Alvin y Heidi Toffler, en su libro: *Las guerras del futuro*, escribían:

«Resulta inexcusable que no se desarrollen estrategias sistemáticas utilizables. La transparencia, la vigilancia, el control de armamentos, el empleo de tecnología de la información, los servicios informáticos, la interdicción de servicios de comunicación, la propaganda, el paso de las armas letales a las de letalidad baja o nula, el adiestramiento y la educación son todos ellos elementos de una forma futura de paz.»

Referencias bibliográficas

- Atlas de Le Monde Diplomatique*. Edición española. Abril, 2003.
- Cuaderno de Estrategia* número 120. Instituto Español de Estudios Estratégicos. «Nuevos riesgos para la sociedad del futuro». 2003.
- Cuaderno de Estrategia* número 69. Instituto Español de Estudios Estratégicos.
- FERNÁNDEZ, Irene: «Escasez de recursos y conflictos internacionales». 1997.
- GÉRE, François: *¿Pourquoi les Guerres?*
- HUNTINGTON, Samuel P. : *El choque de civilizaciones y la configuración del orden mundial*. Nueva York, 1996.
- KLARE, Michael T.: *Un nuevo mapa de conflictos*.
- PIQUE Josep: *Los nuevos conflictos exigen nuevas respuestas*. Noviembre, 2001.
- PIRIS, Alberto: *Apuntes para una clasificación de los conflictos*.
- RAMONET, Ignacio: *Las guerras del siglo XXI*.
- RUIZ MARRERO, Carmelo: *Las guerras de recursos del siglo XXI*.
- SEGURA I MAS, Antonio: «Geoestrategia, petróleo y gas natural». *La Vanguardia Dossier*. 2002.
- TOFFLER, Alvin y Heidi: *Las guerras del futuro*.
- VV.AA.: *Les guerres qui menacent le monde*. 2001.